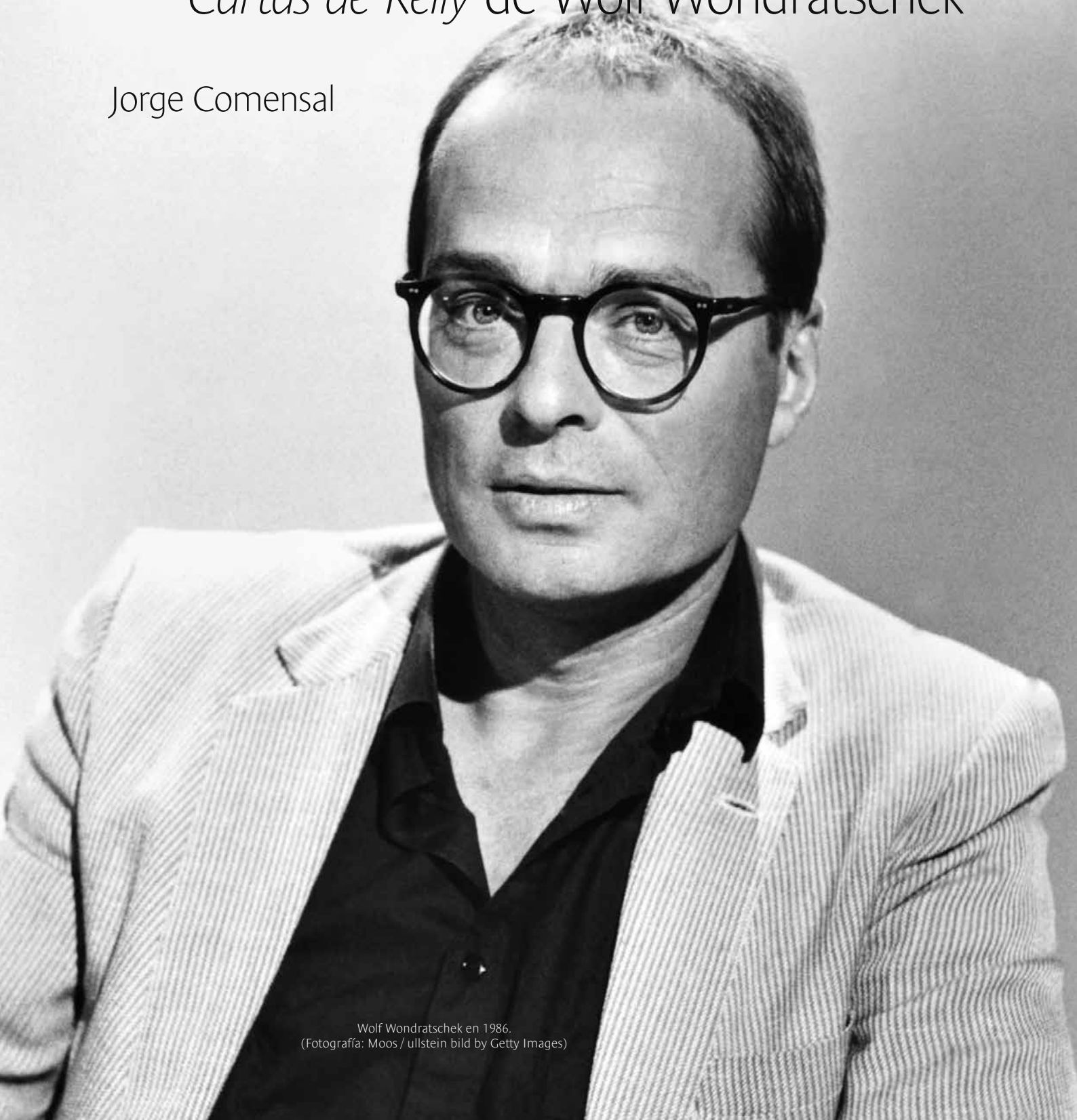


francotiradores

# El amor carece de verdad:

*Cartas de Kelly* de Wolf Wondratschek

Jorge Comensal

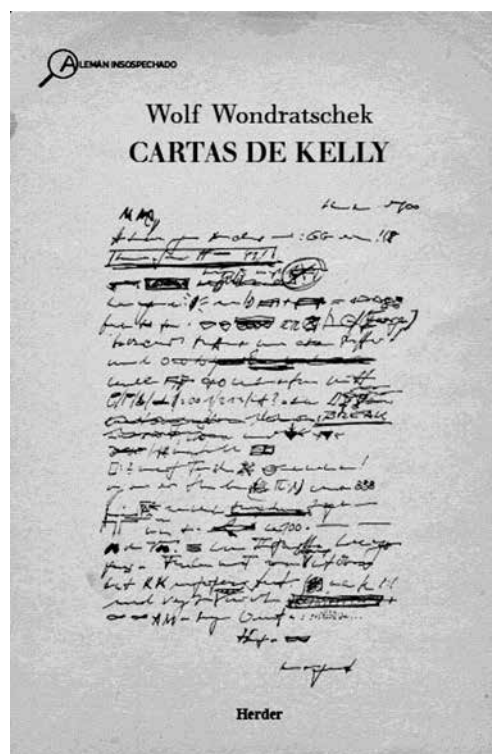


Wolf Wondratschek en 1986.  
(Fotografía: Moos / ullstein bild by Getty Images)

EN 1959, GEORGE STEINER afirmó en “El milagro hueco”, un ensayo pleno de resentimiento y lirismo, que “lo que ha muerto es el idioma alemán”, debido a los efectos del nazismo en el lenguaje, y que en la literatura alemana “no arde la menor chispa de vida”. Veinte años después de este desplante juvenil, Steiner agregó una nota al pie en la que reconoce que “la dramaturgia y la ficción alemanas se han reanudado con una fuerza vital violenta”; sin embargo, ésta no ha llegado a percibirse en México. En nuestras librerías abundan los libros de Thomas Mann, Hermann Hesse, Stefan Zweig e incluso Hermann Broch, pertenecientes a la última generación nacida antes de la presunta “muerte” del alemán, pero el paisaje posterior está casi vacío; la oferta editorial apenas nos ofrece a los premios Nobel Günter Grass y Herta Müller (nacida en Rumania) y novelas taquilleras como *El perfume* de Patrick Süskind, *El lector* de Bernhard Schlink. Por lo demás, no sabemos mucho de lo que se ha escrito en Alemania en las últimas décadas.

La filial mexicana de Editorial Herder acaba de inaugurar una colección titulada “Alemán insospechado” para llenar este vacío y divulgar la literatura alemana contemporánea. El primer libro de este proyecto es *Cartas de Kelly* de Wolf Wondratschek (Rudolstadt, Turingia, 1943), un autor desconocido en nuestro país, a pesar de que uno de sus muchos libros es una colección de “sonetos mexicanos”: *Die Einsamkeit der Männer*, *Mexikanische Sonette* (1983). *Cartas de Kelly* es una novela epistolar basada en las cartas dirigidas a Kelly por el protagonista, un escritor que viaja a Nueva York y termina en un manicomio. Las cartas de Kelly, su “amada”, están representadas en el libro por una serie estupenda de ilustraciones realizadas por la pintora Lilo Rinkens. Estas cartas nos confrontan con una caligrafía temperamental que, a pesar de ser ilegible, resulta muy significativa y forma parte de la trama de la novela, por lo que podemos hablar no sólo de un libro ilustrado, sino de uno interdisciplinario.

Si nos atenemos a la reseña de Patrick Süskind, publicada como epílogo en esta edición, *Cartas de Kelly* es



*Cartas de Kelly*  
 Wolf Wondratschek.  
 Traducción de Gonzalo Vélez,  
 Editorial Herder, México, 2015.

una “novela de amor epistolar de grandísima ternura”, diagnóstico que sólo servirá para atraer lectores tiernos y ahuyentar a todos los demás (mordaces, nihilistas, despechados...). Decir que una novela es “de amor” equivale a decir que el hombre que acabas de conocer “está chistoso”. Se trata de un elogio demoledor: nadie querría acostarse con un hombre sólo porque “está chistoso”. Por eso *Cartas de Kelly* puede leerse también como un acercamiento al cinismo. Las cartas son, en apariencia, comentarios agudos de una experiencia entretenida: la llegada de un escritor a Nueva York, su ingreso y estancia vacacional en un manicomio, la salida triunfante, pero debajo se adivina el drama de una personalidad cínica que lucha por no perder la razón.

La primera carta no deja dudas de que el protagonista es un cínico. Empieza por hablar con desencanto de Nueva York:

*¿The city that never sleeps? ¡Tonterías! Por supuesto que dormir es algo que hacen todos. Es simplemente que aquí viven muchas, demasiadas personas, de modo*

que a la ciudad no le queda más opción: a una mitad le toca el turno diurno y a la otra el turno nocturno; de lo contrario, se aplastarían a pisotones hasta morir. [...] El amor es una cosa que carece de verdad. No la busquemos.

En su magnífica *Crítica de la razón cínica* (1981), el filósofo alemán Peter Sloterdijk describe el cinismo como una falsa conciencia ilustrada, supuestamente liberada de toda ideología colectiva. En el prefacio de la *Crítica*, Sloterdijk afirma que “el cinismo se manifiesta a través de verdades desnudas que, en el modo en que se presentan, contienen algo falso”. Las afirmaciones del personaje de Wondratschek son cínicas porque llevan el desencanto a un extremo que falsea la experiencia emotiva de los enamorados. El cinismo del protagonista es una máscara, una pose, que no logra persuadir ni siquiera a él mismo. Al final de su segunda carta, confiesa la posible razón de su actitud supuestamente cínica: “tengo miedo de la locura”.

Sloterdijk afirma: “Psicológicamente, los cínicos de hoy en día pueden entenderse como melancólicos limítrofes que pueden controlar sus síntomas de depresión y seguir siendo más o menos capaces de trabajar.” Pero eso es justo lo que nuestro escritor ya no puede hacer: en vez de ocupar una casa que había rentado al sur de Roma para escribir un libro, se va a Nueva York y escribe estas cartas, en las que incluye un resumen de la historia (realmente espléndida) que no puede escribir, sobre las aventuras de un joven inmigrante árabe con un talento prodigioso para el diseño de modas. El protagonista de *Cartas de Kelly* huye de Europa porque ya no puede trabajar, porque el cinismo ya no es suficiente para aceptar los goznes de su vida. No nos queda duda de su depresión profunda cuando escribe, ya internado en el hospital: “Conocerse a uno mismo, no importa en qué rincón del planeta se esté, puede provocar un desencanto tal que a la larga se vuelve insoportable”.

El mayor placer de esta novela es contemplar el resquebrajamiento del cinismo de su protagonista; es

un perfil psicológico condensado. La lectura de *Cartas de Kelly* es satisfactoria, precisamente, por todo lo que no está escrito, por lo que está latente, sugerido. Con esta novela podemos jugar a ser psicoanalistas, y parte importante del juego reside en las cartas de Kelly, en esos garabatos ansiosos magistralmente trazados por Lilo Rinkens, cuyo contenido oculto no es tan importante como su forma: la letra suelta o apretada, a veces aguacero, a veces mar calmado.

Vale la pena resaltar que *Cartas de Kelly* fue traducida para esta edición por el mexicano Gonzalo Vélez, por lo que el lector no se topará con los tradicionales “polvos”, “ostias” y “gilipollas” de las versiones españolas que dominan la oferta editorial. La traducción es limpia y bastante neutral, y no se nota su mexicanidad más que cuando el protagonista afirma que ya tiene a los médicos del hospital “hasta el copete”. Por lo demás, la novela tiene pasajes líricos frecuentes, y el traductor ha sabido conservar su espíritu poético.

En esta novela, publicada en alemán en 1998, Europa es una presencia lejana. La acción transcurre entre Nueva York y Miami, y el protagonista habla de la “préterita, derruida Europa”, a la que no parece interesado en volver. El viaje de la novela parece también una huida del continente cuyo malestar cultural Sloterdijk identifica con un cinismo totalizante. El protagonista lleva este malestar dentro de sí, y le augura a América el mismo destino: “¡Roma dejó atrás, desde hace mucho tiempo, la catástrofe que a NYC aún le aguarda”. ¿Cuál es la solución contra esta enfermedad del ánimo, esta falta de entusiasmo y convicciones? Cierta tipo de locura escribiente, una locura que inventa al otro para entregarse a él mediante signos que nadie más podría leer.

Acaso esa locura salvífica, único remedio contra el cinismo de los tiempos, sea algo parecido al amor. 